

*Rafael Parada*  
NOTAS SOBRE PSIQUIATRIA DESDE SU  
PRAXIS COTIDIANA

**I. DE COMO SE VE AL OTRO LA PRIMERA VEZ  
SOBRE LA ENTREVISTA PSICOTERAPÉUTICA**

La expresión presiona hacia afuera un interior. Anuda actitud y conductas en un fenómeno temporal, aglutinado. Misterio. Piruetas del que lo mira escuchando. Sensibilidad de un cambio. Improvisación de la imagen: metamorfosis.

Mero afán de curar en comprensión al sufridor de un sufrimiento tal vez no de él. Psique perturbada desde el otro, que acecha el movimiento siguiente, del uno, del otro, de dos siempre presentes, indiscernibles en la frase, juntos en un espacio relativizado por el tiempo.

Se dicen el que viene y el que está: ¿Soy yo, soy él, en mí antes?, ¿soy él en mí, desde mi temor? Esencia de la pirueta. Pero por sobre todo, el sentido de la cura en abreviada curación, para hacer pronta la esperanza que es cuento personal de cada uno, destino inevitable, esencia del respeto, que es respectividad comprendida.

Traducir a lenguaje desconocido, al del sentimiento intransferible, en que cada cual es meramente, y nuevamente, en la transferencia del yo al tú en nos-tridad; al yo que en mí habita de ti.

El conflicto del paciente es «él mismo», en su presentación. Hacerlo general, es decir, intentar abarcarlo es un mito y por eso allí se verifica como concreto y eterno a la vez. Emoción singular del que lo trata.

»Esto tiene usted«, dicen unos, otros, »esto le pasó a usted«, y algunos, simplemente, »esto pasa«.

**II. UNA SEMIOLOGÍA FUNDAMENTAL**

Realizar una biografía en un paciente, es una tarea que consiste en investigar aquellas frases o episodios que se recuerdan como cosas significativas, curiosas, cosas que ejercieron una fascinación inexplicable, cuyo sentido no se entendió sino después de mucho tiempo o está aún indecifrado. El rastreo por estos hechos señala el trayecto al que se ha sido vulnerable.

Es este un estudio semiológico, un estudio de la comprensión de las comillas que toda palabra del discurso lleva necesariamente para aquel que lo escucha (en aquel en que el discurso se verifica).

En este estudio semiológico, la bibliografía previa es la biografía de cada cual, la vida que cada cual conoce de sí mismo.

Enseñar esta semiología, aprender a reconocerla, supone un enfrentamiento con el otro. Se expresará en habla y gestos. Es descifrar comillas, pues en el habla, éstas están en los gestos, entonaciones, muecas, inflexiones, etc., que acompañan al decir. Por eso, ello se aprende sintiendo el mostrarse del Otro, mostrándose.

La psiquiatría padece en general de una especie de dislexia. No se sabe leer bien, se confunden, cambiándolas, palabras y letras. Se ha trabajado, investigando, asistiendo y conociendo el acontecimiento psiquiátrico, sólo en la parte de sus sustantivos y adjetivos, y por tanto del quehacer clínico. De sus sustantivos y adjetivos, y por tanto del quehacer clínico, se ha limitado a ellos.

Así, las terapias de insight, presumen ir a los sustantivos, trabajan configurándolos previamente con un desenmascarado apriorismo.

Las terapias conductuales, en cambio, sólo se limitan a los adjetivos que, como síntomas, tratan de cambiar para mejorar un sustantivo al que renuncian conocer por la vaguedad de los métodos para alcanzarlo. Pareciera que en las »frases« que la psique propone, la parte »científica« se limitara a los adjetivos. Ellos que son palabras categorizables, abren a métodos de verificación y experimentación, siempre que se excluya el sustantivo de la frase, y para qué decir el verbo. Las teorías psiquiátricas del alma humana en sus lados subjetivos, transforman reduciendo, las conductas y actitudes, en compactos sustantivos inapelables.

En esta alternativa de la »frase«, se ubican las corrientes psiquiátricas como sistemas irreconciliables, pues poco o nada se advierte, que el sentido de esos puntos de vista es otorgado por un verbo al cual se le priva de accesos metodológicos.

Si delatado este error, reconsideramos la importancia del verbo, aparece un vasto campo de extrema fertilidad en explicaciones y quehaceres. Pero ésto supone un nuevo modo de pensar, de situarse; tal vez como diría Lacan, un nuevo estilo. Más, como quiera que se lo denomine, ese campo es reflejo de emoción y pensamiento, es la acción en el momento de su ejercicio, es más que una psicología una psicopraxia. Este orden en que se ve lo real, este »desde« desde el cual se le alumbrá, es un ejercicio clínico. Es, si pudiéramos denominarlo de algún modo, una semiología fundamental.

El clínico »ve« en su paciente, cómo se están conjugando los verbos, y en qué tiempos son entregados en el relato. Suprime, comprendiendo, la enorme cantidad de comillas que acompañan el decir, p. ej.: temo, puedo, quisiera, etc.

Así propuesta la clínica, tendría como meta un estudio de los tiempos y personas en que se conjugan los verbos principales. Habría que ver si un enfermo, al decir yo puedo, no está quizás diciendo «ellos pueden» o «él pudo». Puede construirse para este efecto la tabla verbal correspondiente, y marcar para cada paciente los puntos conflictivos. Pero esta conjugación de verbos se delata en la expresión, de modo que el fino observador tiene acceso a esa tabla en el trato inicial que tiene con su paciente.

Una tarea como ésta, exige esfuerzos grandes y de varios tipos.

Lo primero es aprender a «leer». A leer en el rostro, en el texto, en las propias vivencias. Esta lectura, como cualquiera otra, es difícil en su aprendizaje, pero termina por automatizarse. Una vez lograda ésta, hasta se olvida como se aprendió. La automatización se alcanza cuando se lee a «primera vista» sin interferencias personales que al comienzo la entorpecen. Nada se saca con saber a leer a medias, porque grandes serán los errores, y lo peor, desconocidos; a lo más, esto sirve para tener acceso al proceso de aprendizaje y ayudar a otros a superar dificultades.

Esta es la tarea más árida y de mayores interferencias personales. El que desee aprenderla podrá darla por pasada cuando lea, a primera vista, y pueda conjugar los verbos principales sin tropiezos, (hacer, querer, poder, deber, temer, ser, amar).

Esta lectura debe entrenarse en ejercicios diarios. Algunos dan a este entrenamiento el carácter de una psicoterapia personal, tal vez sea mejor decir que es una psicoterapia vital, en que el sujeto se expone a lo cotidiano.

Otra tarea puede ser concebida como una matemática básica, a la manera del «juego» de las relaciones. El entretiene y formaliza, permite contar a otros; está lleno de conceptos.

Es importante también la historia de este problema en la psiquiatría, la historia de la psiquiatría misma, que supone lecturas y comentarios. Reconocer a los deudores y acreedores, reconocer en definitiva términos para así, poder comunicarse. Es un trabajo bibliográfico.

Finalmente, y como cosa muy importante, está la «gimnasia» rítmica y expresiva en que todo ésto se ejercita en cada contexto de alteridad: cuerpo, prójimo, vivencias, objetos sometiéndolos a distintos ritmos y recorriendo la tesitura expresiva de los verbos principales.

### III. UN CUENTO QUE APARECE A MENUDO EN EL TRABAJO PSICOTERAPÉUTICO. IDENTIDAD Y DIFERENCIA, LO UNO Y LO OTRO.

Dos «sujetos» se proponen ver el crecimiento. Para ello eligen un vegetal, pues saben que ellos crecen (en ellos se da el crecimiento).

Las frases del neurótico son algebraicas, porque la emoción lo es; y él vive y se programa en sus discursos desde emociones perturbadas, y ellas en el campo de la conciencia, subsumen bajo un solo signo los tiempos de los verbos y los pronombres personales.

El psicótico configura »mundo productivo«, es llevado a una elección inevitable, constituyéndose así su conducta o su delirio; en estos se hace un traslado del sentido y de los tiempos verbales, se intercambian los pronombres; y se vuelve sinónimos verbos de connotación diferente que son conjugados valiéndose sin discriminación de cualquier pronombre. Es a estas viscosidades a la que se somete el verbo conflictivo para el paciente, sea éste el odiar, el amar, el repetir, etc.

Pero el psicótico no obstante su destino, delimitado y concreto, va a lo genérico del verbo mismo, según un programa que lo extiende y generaliza, volviendo sinónimos por ejemplo el correr y el amar; u otorgándolo al verbo »moverse«, las propiedades del deber, poder, querer, nadar. Así tenemos que en su lenguaje y sus acciones utiliza este nivel abarcativo de los verbos, de tal modo que reduce las significaciones a categorías absolutas. Para un esquizofrénico catatónico, según ellos mismos lo confiesan después en períodos de mejoría, al solicitárseles que se movieran, se veían impedidos, pues eso les significaba al mismo tiempo: moverse físicamente, mover el sentimiento, comer, agredir, etc. No sólo la orden verbal es por ellos concebida así, sino que también cualquier gesto que la insinúe, venga del médico, el familiar o un prójimo cualquiera. De igual modo un delirante esquizofrénico, toma una frase que dicen dos personas entre sí como dichas hacia él.

En el choque de esa gramática, así entendida, con aquella atribuida al otro, se gesta el fenómeno expresivo, proyectivo y represivo.

Atribuir la propia intensión al otro, define la proyección, más, para que eso ocurra, hay que establecer una previa identidad, identidad que es de las formales aveniencias, súbitas y automáticas, que se dan con los contextos de alteridad en los que está constituyéndose el sujeto.

Estos contextos cuando »asumen« la proyección suponen »extravasaciones« del sujeto, que al ser sorprendidos pueden ser sentidas como amenaza, angustia, presentimiento al caos. Pero las extravasaciones se detienen cuando la muralla que establece la proyección se rompe y los contextos de alteridad son aceptados como tales. La represión es el temor a que la extravasación sea absoluta, y rompa el hilo del que pende y depende el individuo, el temor a la aberrancia, a una desaparición absoluta. Desconfianza de lograr mismidad en el todo.

Al tener lugar la proyección, el mundo es al menos regular aún cuando maldito, catastrófico o santo; al quedar ésta imposibilitada, la posibilidad vital es

disolverse en él, quedar a su merced o en su merecimiento. Lo primero, »quedar a merced« puede llamarse »enfermedad«, lo segundo, »merecimiento«, »salud«.

#### CARACTER COMPLETADOR DEL OTRO EN EL ORIGEN Y TEXTURA DEL DESEO

En una etapa de la vida, regido por una particular forma de organizarse, lo llamada corrientemente »conciencia«, o por la aparición de esa forma de organización, en cualquier momento de esa vida, en virtud a causas u ocasiones que no pretendemos aclarar en este instante, a los individuos, de acuerdo a como ellos sean, puede ocurrirles con su deseo lo siguiente:

1. El sujeto desea algo, más como su deseo está apenas configurado (¿no consciente?), su configuración e ingreso al campo de la conciencia surgirá de alguien o algo que »responda« en »algún sentido« a ese deseo. Vale decir, por lo otro se »configurará« el deseo como tal porque se completa.

Así las cosas, »pensará« el sujeto que es del otro de donde surge el deseo, y porque justamente el otro en »algún sentido« ha tenido parte, no sería tan ilícita su afirmación.

Este momento, si no logra un nivel emocional que permita poner las cosas en el »entre« del sujeto y el completador, otorgando al sujeto el origen de su deseo, puede transformar al otro en el objeto que contiene un deseo desconocido para el sujeto, obstaculizándose así, la posibilidad de interacción y por lo tanto la satisfacción del deseo como tal.

Para que en el otro surja la respuesta con el carácter de completadora, tiene que darse en el sujeto un modo de expresión que no controle una suerte de espontaneidad que puede tener variada intensidad y matices. Esta espontaneidad, puede mostrarse también en otras instancias, gestos, risas, etc. que ya indican el carácter que la espontaneidad tiene en un individuo en particular.

Lo recién señalado es consecuente con afirmar que la espontaneidad es expresiva; participa de lo que se muestra sin que se lo proponga. Así, si la espontaneidad ha de ser verdadera no debe saberse de ella (¿es inconsciente?).

La espontaneidad en sí misma no es una estructura, ni está en el campo de la conciencia, pues, para llegar a ella necesita de los otros, que son los completadores, sin embargo, ha de ser estructurante, pues de otro modo no se explica que gracias a la intervención de los otros, se genere una estructura, o si se prefiere un modo de conciencia.

Cuando pierde el carácter estructurante la espontaneidad, se ve como surgido en los otros el deseo, sin posible participación del sujeto y más bien estando »a merced de« (Esto puede ser comprobado en los delirios del esquizofrénico.

El temor que surge en ellos, no es un mero temor a los otros como completadores, sino que a que *de ellos surja radicalmente la espontaneidad en general*).

Puede ocurrir que el deseo lo haya vivido el sujeto como propio en su *origen*, pero su satisfacción al ser peligrosa, lo conduzca a tener que »transportar« (proyectar) ese origen en el otro. Pero los otros no son en este caso meramente responsables, sino claramente sancionables. Se critica la forma de amar del otro pero no al amor mismo. Esta manera de configurarse el deseo ilustra los mecanismos paranoideos en general, que no corresponden a la estructura esquizofrénica.

2. También es posible que el fenómeno que describimos tenga el siguiente accidente: El deseo es vago, impreciso, no tiene nombre, es solamente espontaneidad, deseo de comunicarse, abertura hacia afuera, en suma, pura expresión, el otro toma eso vago e impreciso, por un solo lado que al completarlo, le permite se sea denominado con un nombre. Mas, al comprobar el sujeto que ese nombre y lo que él denota y connota para él no es lo que él creía, se siente asombrado del resultado de su espontaneidad, (de la parte no controlada por él) y temerá por el desacuerdo que suscitan los nombres que se ligan a su propia espontaneidad. El temor surgirá en el momento mismo o posteriormente en el revivirlo, pues siempre al recordar este fenómeno, que se inicia en el deseo, adquiere el recuerdo una significación desde el conocimiento que se tiene de la completitud de ese movimiento primigenio que es la espontaneidad, vale decir del extraño ropaje con que necesariamente se completan sus deseos en el otro. La consecuencia de este accidente, es, que el sujeto tiende a sentirse culpable ante situaciones y momentos muy particulares que evocan la matriz de este conflicto. Se mostrará permanentemente »desdoblando« lo bueno y lo malo en él, o en los otros, en un continuo vaivén que puede fijarse en alguno de esos extremos por un tiempo. La culpa no será vivida con claridad, porque de lo que se sentirá culpable es de engendrar lo otro; el nombre que completa su deseo sin proponérselo, sin intención. Es una culpa ambigua, ni claramente asumida ni claramente delegada. Estos momentos particulares, se alternan con períodos de nuevas espontaneidades. ¿Depende este accidente de un especial tipo de espontaneidad, dado constitucionalmente, en excesivo desbordante, de apariencia insinuante?, ¿o depende del azar, que en etapas precoces del desarrollo, hace que un deseo elemental, una espontaneidad genérica sea por torpeza mal completada por el otro? Nos parece que existen ambas posibilidades, proponiendo cada una estructuras distintas de personalidad, (estaríamos frente a lo observado en la epilepsia en la primera alternativa y en la segunda ante la histeria, con todo lo que tienen de diferente y de común en sus manifestaciones psíquicas).

3. El deseo que surge como propio se completa en el otro, sin proyectarse

ni su origen ni su cualidad, pero el resultado de su satisfacción aparece como destructivo. Así la gestión del desear y vivir lo espontáneo es condición de lo destructivo y lo destructivo lo es por el desear. Esto llevará a la autoculpabilidad y a una vida regida por normas externas, sin dar lugar al »permitirse« como tal (Esta manera señala la forma en que las estructuras depresivas de personalidad se enfrentan al deseo y el peculiar modo de vivir que presentan).

#### SOBRE EL YO Y LA IDENTIDAD EN EL ESQUIZOFRENICO

El esquizofrénico, hace de su discurso una metáfora y su discurso no es sólo el de la comunicación verbal, sino el de sus gestos, de los movimientos expresivos, de los actos motores por simples que ellos sean. Todo lo que se puede mostrar en él está bajo las leyes de la metáfora, en la condensación identificatoria en que ésta consiste. ¿El esquizofrénico es pura »identidad« consigo mismo, y por eso carece de »yo«? Así entendido el »yo« sería una dirección hacia lo otro, es un »desde«. Contendría la alteridad y se fundaría en ella. En su menesterosidad de ser, unida a la aspiración fantástica de los objetos deseados, se le otorgaría »su realidad« al »yo«.

Esta »clave« fundamental que el esquizofrénico desconoce, subyace en todos los fenómenos psicopatológicos como ausente, y legítima las apreciaciones teóricas que desde varias perspectivas se aplican a su comprensión. El esquizofrénico hace de sus propias sensaciones, sensaciones que otros lo obligan a sentir. Su pensamiento es impuesto, su intimidad toda está avasallada por los personajes de su delirio.

El »yo« se da en la aceptación de lo otro, en la confianza de que allí encuentra parte de su verdad, de su propia constitución, en un trato claro, sincero con la alteridad. Teniendo a lo que se pertenece es posible decir »yo soy«; si no se logra ese tener, esa apropiación primigénica, se es pura identidad, identidad de parte con el todo, del todo con el todo. Privado de intermediarios, de ajenidades, el sujeto se condensa en sí mismo, deteniendo su curso vital. La fantasía, como principio autónomo y prospectivo, al romper el pacto con el sujeto, se desborda en un mundo imaginario, no resistente, germen del delirio, de la omnipotencia amenazante, de la suprema objetivación con que construye el esquizofrénico su mundo psicótico. Este mundo es una subjetividad sin tiempo, sin destino ni origen, una »cosa« aprisionada en la configuración de su propia identidad.

No incorporando la »diferencia« entre el yo y el tú, el esquizofrénico se priva del »yo« no como el centro de las cogitaciones, sino como el punto de accio-

nes posibles hacia los objetos deseados, hacia alternativas constituyentes del propio ser.

El yo entendido de esta forma, contiene en su determinación lo que no le pertenece (el objeto intensional). Esta tradicional contradicción aparece si consideramos estáticamente lo enunciado, pero es en el tiempo, en la »actualidad«, donde el yo se determina y adquiere su »realidad«.

El yo contiene la alternativa de lo aspirado, no puede ser sólo el sujeto de la aspiración, si así fuere se volvería una compacta identidad, apersonizada con la realidad. Estas características concederían al yo una matriz triangular; del mismo modo que la actualidad, que es totalidad indisoluble de tres elementos: pasado, presente y futuro.

La parecida estructura del »yo« y la actualidad y la característica que ésta última tiene, al ser temporal, de determinar al yo tal como lo estamos considerando, nos ligan actualidad y yo a tal punto, que un acto entrega las claves del tiempo y del yo.

La alteridad en todos sus contextos y en las dimensiones del »desde«, o el »origen«, o el »hacia«, o el »destino«, configuran la escena que posibilita la trama del yo.

Un yo estructural es su referencia a contextos. El yo hermeneúico es el referido a dimensiones significantes. Sin embargo, ninguno puede considerarse sin el otro. El acto en un contexto se conduce desde una necesidad, como origen, hacia un objeto que es un destino aún incierto. Esta condición sincrónica y diacrónica del yo, en cuanto vivido y no en sus abstracciones, propone que su estudio sea posible por un método estructural mítico, entendiendo por tal no el formalismo ni la aplicación de meras gestalten, sino a través de matrices míticas que son »estructuras en la diacronía«, aunque esto parezca redundante.